

LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LIV

MADRID, 1 DE AGOSTO DE 1920

NUM. 19.186

CUENTOS DE VIDAS SOMBRIAS

El "mal pescador"

En lo negro de la noche se encendía, como una inmensa flor roja, la plaza, donde las gentes del pueblo bailaban sardanas. Era noche de fiesta en el pueblo, y la inmensa corola viva daba vueltas al compás de la música, agitada en círculos de deseo...

Los cuerpos, unidos por las manos, pedían más, y en torpe tambaleo las cabezas caían sobre los hombros y las espaldas tropezaban con las espaldas en la monstruosa corola, cabezas que se echaban atrás, como pétalos heridos de un sol demasiado ardiente... Y debajo del puente, en los rincones de la sombra y en los patios de las casas, zánganos, y abejas, y gusanos, y pequeñas bestezuelas humanas coñiciaban, con verdes ojos voluptuosos, la pompa mareante de la flor.

Andrés atravesó la plaza solitario, esquivando los grupos, evitando conversaciones, y desapareció en la sombra sin haber dejado, entre la seducción de los que danzaban, un solo ápice de la idea que llevaba, hincada como un clavo ardiente, en el espíritu...

Andrés tenía estereotipado en los labios un gesto perenne de protesta. Y nada más. Su cara era vulgar; sus rasgos, vulgares; su andar, anónimo entre las gentes. Se decía por el pueblo que era un mal pescador...

Cada vez iban quedando más lejos de Andrés los ruidos y las risas y la música estridente de la fiesta... La noche, sin luna, era oscura como los pensamientos que se agitaban en su espíritu. Trepaba por los callejones en cuesta y solitarios con un trepar de reptil que vibra la lengua envenenada. Cuando al final de una calleja, o sirviendo de fondo a una plaza, le invadía el ánimo la visión del mar, se quedaba parado, dilatados los ojos, abiertas las ventanas de la nariz, muy pálido, respirando con delicia las emanaciones salitrosas del agua... Y seguía luego, en su desalentada marcha, hasta salir del pueblo...

Se habían acabado los caminos. Aquí la costa la formaba una montaña cortada, casi a pico, sobre el mar. Piedras derrumbadas de la altura, con el agrio pujar de los vientos o el constante golpeo de las olas, brotaban de entre la espuma, ofreciendo, al que quisiera aventurarse, un camino accidentado a lo largo del abismo. Descalzóse Andrés, subió los pantalones por encima de la rodilla y se hundió más en la sombra. Saltaba de una en otra piedra, agachándose antes para tomar impulso. Se arrastraba. Arañaba las rocas con las manos crispadas o se agarraba a ellas con los pies prensiles. A veces, le cubrían las espumas, a veces resbalaba y desaparecía un momento en el abismo negro. A medida que iba avanzando miraba el mar y exploraba con avidez suprema su lámina vibrante... Paróse de pronto; a

sus pies, muy cerca de la costa, flotaba un trozo de corcho cuadrado y negruzco; más lejos, otro, y otro más allá y, por fin, una hilera de diminutos corchos redondos y sobados por la sal y por el agua...

Todos los pescadores, por indicios que daba el mar o por la buena influencia de

anzuelo, uno sólo para él... Tentóse los bolsillos de su camisa de bayeta descolorida, que, mojada como estaba, se le pegaba al cuerpo, reluciente como piel de foca, y sacó un cuchillo ancho y negruzco; lo agarró con los dientes, extendió los brazos en el vacío, metió entre ellos la cabeza y, crispando la

y desaparecía, sumiéndose en un torbellino de espumas. Luego volvía a aparecer, siempre con el cuchillo en la boca.

La operación duró tres horas. Cuando volvió a ganar la costa debió helarle los huesos, dando sobre sus ropas mojadas, el aire frío de la madrugada.

Volvióse el marino a contemplar por última vez el mar. Alguna tragedia había pasado en el interior de las aguas, porque los pobres corchos, como faltos de espíritu, flotaban desmayadamente en todas direcciones, sin arraigo interior, cabeceando, tumbándose..., positivamente muertos.

Andrés acababa de cortar todas las cuerdas, y redes, y aparejos de sonoros nombres yacían sepultados en el profundo mar con todo su botín.

Seguía oyéndose, a lo lejos, el rítmico chirrido de la fiesta. Pronto, brotando en las sombras, se encendió la corola roja de la plaza, flor de carne y de abundancia. Y el gesto de protesta, en los labios vulgarísimos de Andrés, pareció un poco atenuado.

Llegaba él a su casa, cuando, abandonando la plaza, se tropezaron con él los pescadores que iban satisfechos, en busca de las barcas, sobre las que debían cobrar sus cuerdas y sus redes. Hicieron burla de Andrés, viéndole mojado y miserable, y él les miró pasar serenamente.

Luego entró en su choza y se dejó caer en un rincón; sobre restos de unas redes yacía el cadáver de una criatura; era el último de cuatro que se le habían muerto de miseria. Afligido del tristísimo espectáculo, cerró la puerta, único punto de luz en aquel antro estrecho, y se quedó gimiendo sordamente en la oscuridad...

Ni por un momento dudaron los marineros, enfrente del desastre... El haberse tropezado con Andrés a aquellas horas, lo mojado que volvía del mar, su situación menesterosa, que todos conocían, eran indicios más que suficientes.

Y con la ira irreflexiva del primer momento, la barca en que iban los marineros más jóvenes viró en redondo y cortó el mar, amenazadora, en dirección a la choza del infortunado.

Las sangres venían calientes del restregamiento y besuqueo de la fiesta; la madrugada es mala consejera, y, unos con otros, los jóvenes se levantaban de cascos sin dificultad...

Alguien habló, en mal hora, de tomarse la justicia por su mano... Otro recordó—muy a punto, por desgracia—, la especie de desafío con que Andrés les había mirado al pasar... Sólo faltaba que alguien sacara, como por descuido, una navaja, y se sacó al final... Todos los corazones palpitaban descompuestamente dentro de la barca...

Atracaron. La choza estaba en lo alto, con la puerta pintada de negro, miserable y carcomida...

El pelotón de hienas jóvenes escaló el

LAS OBRAS MAESTRAS DEL GRABADO ANTIGUO



RETRATO DE CLEMENTE DE JONGHE, POR REMBRANDT (1651)

He aquí una de las planchas más admirables y buscadas del portentoso Rembrandt. Es el retrato de Clemente de Jonghe, célebre mercader de estampas holandés, cuyo nombre se encuentra en las piezas más soberbias de los mejores grabadores y pintores de su tiempo, como Cornelio y Juan Visscher, Roelant Rogmán, Renier Zeeman y Juan Van Aken. Maravillosa de verdad es la factura del animado y viviente retrato. En la feliz composición y en la serena traza, en la pensativa expresión del personaje, no parece mirarse a un simple mercader ocupado en la prosa de su comercio, sino que se adivina que Rembrandt, queriendo siempre idealizar la naturaleza a su manera, prestó al modelo el aire austero y melancólico de un meditativo filósofo.

los aires o por pedirlo la estación, habían salido aquella tarde a disponer y dejar allí, hasta la madrugada, sus cuerdas y sus redes y sus complicados aparejos de sonoros nombres...

Andrés conocía bien todos aquellos corchos, y por sus diferencias de color o de calidad o de tamaño sabía a quién pertenecían y los botines que habían proporcionado a su dueño... Y sabía, además, que, de entre tantos corchos, ninguno le pertenecía, y que de tantos peces como alimenta el mar nunca se había hinchado, dilatando como un infierno las agallas rojas en la punta de su

pies sobre la roca para darse aire, se echó al mar...

Nadaba silenciosamente. Era la noche tan cerrada que el agua estaba negra por completo. Y sobre aquella superficie siniestra, cobrando fuerza en el blanco relieve que le hacían las espumas, la cabeza de Andrés, con todos los cabellos pegados a la cara, sólo ofrecía tres puntos de luz: los dos ojos y la lámina afilada del cuchillo, que seguía llevando entre los dientes.

Uno por uno, el pescador se fué acercando a todos los corchos. En llegando a ellos, hacía un salto dentro del agua

promontorio de la costa, bromeando fúnebremente...

—Andrés...
—Abre, Andrés...
—Venimos a darte las gracias...
—A pagarte en buena moneda...
—¡Abre!...

Andrés no contestaba. Y como la venganza no es paciente, los marineros, de un violento empujón, derribaron, hecha astillas, la puerta de la choza.

Una bocanada de aire corrompido les detuvo en seco.

El cadáver del niño amarilleaba sobre las redes. Y Andrés, en un rincón, lloriqueaba estúpidamente...

Aunque brusca, la transición era de esperar. Con la grandeza compasiva que los pescadores deben al mar, y que hizo que fueran pescadores los discípulos de Jesús—el dulce comunista—, se abatieron las iras de aquellos cinco mozos y se les vió llevarse, con respeto, la mano a la cabeza; cinco frentes melencoladas se doblaron ante la desgracia de Andrés...

El que había sacado la navaja acabó de deshacer su faja, y de un nudo que tenía en una punta sacó algunas monedas... Los otros le imitaron...

Pero Andrés protestaba sordamente:

—¡No, es tarde ya...; prefiero lo otro, lo otro!

Con ojos suplicantes señalaba el cuchillo; con las manos temblorosas se desnudaba el cuello...

María

El faro está enclavado en un pequeño promontorio que avanza sobre el mar. Un solo caminito, tan delgado, que parece un hilo de oro a través de las rocas; tan poco trillado, que lo imaginarias roto a cada instante, lo junta con la tierra. En cambio, el mar, rodeándolo casi por completo, no le es camino para sitio alguno; pero hace resonar, a sus pies, un constante rumor de eternidad.

Las gentes del faro, un viejecito y su hija, tienen algo de personajes sobrehumanos. El segundo torrero, el que alterna en el servicio del faro con el viejecito, es un lobo gruñón, de cuarenta años; que se emborracha con ron mientras le dura la guardia para matar, durmiendo como un tronco, todas las horas que le quedan libres.

Y en aquella soledad vive María—la hija del viejecito— encendiendo fuego, limpiando la pesca recién salida del mar, contando el tiempo por el curso de los astros y pasando mucho miedo, por las noches, con el bramido cercano del mar y el rumor de los pasos del borracho, que hace las vigiliadas paseando, y acaba sus paseos, precisamente, delante de la puerta del cuarto en que ella duerme...

Cuando el mar está tranquilo y cobran, en el alto silencio, mayor importancia los ruidos interiores, la niña no puede dormir en toda la noche.

Parece que el lobo siniestro lo haga adrede. El compás del pie que cae, calzado siempre con gruesas botas de agua, lo siente la pobre María en su corazón. A medida que el ruido se aproxima crece su angustia; hinca los codos finos y blancos en el miserable jergón donde descansa, y levanta el busto tímido, de bestezuela asustadiza, clavando, en la puerta que oscila con el aire, sus grandes ojos, negros y puros, que se han abierto, sin estorbos, sobre el mar infinito.

Ya, cuando la luz apunta, se alejan pezosamente las pisadas temerosas. Al poco rato vuelve a oírse; ahora, sobre su cabeza... Comenzaba a dormirse y despierta otra vez, sobresaltada... Cruza por sus ojos un último fulgor de pesadilla. Encima de su cabeza, el ruido es mayor todavía: el borracho está apagando la farola...

Otra vez los pasos en el corredor; y es-

te es el momento decisivo: el corazón de la niña salta, por debajo de la ropa, como un animalito vivo... Los pasos se acercan lentamente... Ahora mueren al lado mismo de la puerta, que cruje dos o tres veces... Las botas arañan el suelo con impaciencia de bestia en celo... La niña busca con los ojos la ventana, desde donde arrojarle al mar, en caso necesario.

Alguna vez el borracho abre la puerta y asoma la cabeza.

La niña contiene hasta el aliento...

Prueba María de ir al pueblo, para distraerse. Pero las cuatro o cinco personas que encuentra en cada calle, las veinte por lo menos que llenan la plaza y las notas vivas de las barcas, ancladas en la playa; de las mujeres, con cántaros a la cabeza, y de los hombres, con camisas blancas, la aturden y marean... Está a punto de desmayarse...

Vuelve al faro casi enferma... Y allá se está, cada vez más asustada, tímida y poca cosa, los días y las noches; cercada, acosada, entre el ruido del mar y el de los pasos del borracho.

—Padre, tirándome al mar, desde la ventana de mi cuarto, ¿me ahogaría?

—Ganas de preguntar... ¡Qué cosas tienes!

—Ya está la cena preparada, padre... ¡no se enfade!

Una tarde, la pequeñuela del faro, al borde del acantilado, entre unas rocas, se ha quedado pensativa, sus ojos fijos; contemplando el mar, como una redención. Le gusta mirarlo, tenerlo delante...

A su espalda, todo el mundo y toda la vida le asustan como los pasos del borracho...

Le gustaría una vida sin ruidos, sin gritos, sin colores... Una vida blanca, como estas espumas que ahora, a sus pies, nieva la luna.

Se le ha hecho muy tarde... ¿Cómo ha podido permanecer tan lejos del faro hasta estas horas?

Tiene que apretarse el corazón... ¡Si él la sorprendiera!

Un ruido de pasos precipitados, a su espalda. Ella se vuelve... ¡y le ve!

Un grito estridente; las espumas que se abren... Un silencio.

Y una blasfemia espantosa del borracho.

Eduardo MARQUINA

Apuntes y canciones

I

Como una ballesta,
en el aire azul,
hacia la torre mudéjar...

La cigüeña absorta,
sobre su nido de ramas,
mirando la tarde roja.

Primavera vino.
Violetas moradas,
almendros floridos.

Se abrasó en la llama
de una velita de cera
la mariposilla blanca.

¡Noches de Santa Teresa!

Ya hay quien medita de noche
con las ventanas abiertas.

Los cuatro quicios del mundo
tienen ya
estrellitas nuevas
que brillando están.

A nuevas estrellas, otros
barquitos sobre la mar.

¡Blanca hospedería,
celda de viajero
con la sombra mía!

II

Y los bolcheviques
(sobran rejas y tabiques)
¿dónde, madre, ¿cuándo vendrán?
—Si te oye Don Lino,
¡válgame la Trinidad!
La honrada mocita
coser y esperar.

La fuente y las cuatro
acacias en flor
de la plazoleta.
Ya no quema el sol.
¡Tardecita alegre!
Canta, ruiseñor.
Es la misma hora
de mi corazón.
Por la calle arriba
—sombbrero y bastón—
allá va Don Diego
a buscar amor.

Y aquella olivita vieja,
tan lejos del olivar,
cerca de la fuente clara,
¿qué hace allá?
Su madre, la de ojos verdes,
la puso donde hoy está.
A la vera del camino,
para la sombra no más.

Antonio MACHADO

El dinero y los Bancos

— Breves apuntes de psicopatofisiología recreativa. —

Un economista irlandés dió hace tiempo la siguiente definición de los Bancos: «Establecimientos financieros con muchas ventanillas, en los que hay de todo, menos dinero.»

La definición es demasiado absoluta; su autor debe padecer esa anomalía mental, tan común a los paralíticos progresivos, que consiste en el amor a la generalización. En los Bancos, a veces, hay también dinero; pero siempre es lo que menos abunda.

Entremos en uno de ellos, lector; alrededor de un patio con el techo de cristal hay doce ventanillas; en una de ellas se despachan los cheques; en otra, los talones de cuenta corriente; en las de más allá le dan a usted una chapa con un número y le dicen: «Espere usted que le llamen»; hay otra en la que le obligan a poner su firma en las hojas de un libro, y en la de enfrente que dice *cambio*, para que le den dinero tiene usted que darle primero.

Es decir, que moneda, billete, lo que se dice dinero material y tangible, no lo hay mas que en una de las taquillas de la «Caja». Todo lo demás son papeles. De papel—en cheques, letras, recibos, cartas de pago, talonarios, acciones, libros, etc., etc.—sí que se hace un consumo enorme en los Bancos; tanto, que yo he llegado a pensar si no habrá contribuido a agudizar la crisis del papel, que periódicos y libros padecen, el hecho de que cada día se funden en España una docena de Bancos nuevos.

Poique ya lo habrás observado, lector: el Banco surge espontáneo, no ya en cada esquina, sino en el centro de cada manzana de casas.

Es un hecho vulgar después de todo; un caso de contagio colectivo que, más que psíquico, podríamos llamar psicopático. Se trata de una imitación inconsciente, como la del neurótico que, en presencia de un amigo que padece el tic de guiñar un ojo, empieza él a guiñar el suyo. ¡Reflejos psicológicos, como los llama... un servidor!

El inquilino de planta baja o entresuelo de las casas céntricas se encuentra de pronto con una noticia agradable:

—Tiene usted que dejar el local—le dice el administrador de la casa—. Por las buenas o por las malas tiene usted que dejarlo.

—¿Y eso? ¿Van a derribar la casa?

—No, no; es que nos la han pedido para un Banco nuevo: la New-Usurated-Bambill-Bank. ¡Una pochez! Capital: mil millones de pesetas. Nos pagan de alquiler el triple de lo que usted paga ahora; de modo que si no cree usted que ha llegado la hora del ahuequen...

Y el inquilino se va. ¡Qué remedio le queda! Pese a todas las Reales órdenes imaginables, nunca existirá modo de vivir en una casa a disgusto del casero. Se va, generalmente, por las buenas; liquidada a toda prisa las existencias, perdiendo o, por lo menos, dejando de ganar en la liquidación. Se gasta unas cuantas pesetas en buscar local nuevo, en propinas a los porteros, en la mudanza, en anuncios del traslado; lo cual, unido a lo que deja de vender en los días de la mudanza y a lo que le cuesta la nueva instalación, hace que el comerciante o el industrial se arruine.

Sobre las cenizas de sus ruinas se abre flamante el nuevo Banco, el nuevo hogar que se alimenta de hojas y papeles impresos y donde el dinero se esconde entre montañas de documentos.

De cuando en cuando hay una de estas epidemias colectivas. Hace algunos años surgió la de los tupis; cada mañana se abrían en Madrid tres o cuatro tupis nuevos en cada barrio. La cantidad de café que tomaba el vecindario de la población era la misma de antes, pues no hay que suponer que a la gente, así de pronto, se la hubiera despertado un amor loco por el excitante tropical; lo que pasa es que esa cantidad se distribuía en tazas más pequeñas...

¿No pasará algo de eso con el dinero de los nuevos Bancos?

—¡Ah, no! En España ha entrado mucho dinero en estos años—le diría a usted un financiero de los bien informados.

Y será verdad; pero acaso no tanto.

Más verosímil es que el dinero, como el café de los tupis, se encuentre también repartido en mayor número de ventanillas.

Pasará la racha, la epidemia; se irán cerrando unos Bancos, se transformarán otros en salones de baile o en cervecerías, y el dinero, ese bendito diñero, siempre tan escurridizo, saldrá de sus ventanillas actuales para ir a tomar un poco el fresco de la calle.

Después de todo, en los Bancos es donde menos valor tiene.

Joaquín BELDA

* * * SILUETAS DE ANTAÑO * * *

EL HUESPED DEL PALACIO DE GODOY

ERA el 23 de marzo de 1808, en vísperas, como quien dice, de la solemnisima entrada en Madrid del flamante Monarca D. Fernando, cuando el gran duque de Cleves y de Berg subía ceremonioso y satisfecho la magna y elegante escalera de la llamada Casa de los Ministerios, ministerio actualmente de Marina, obra de las varias excelentes que edificó Sabatini (quien vivió en una parte de ella) y que en la sazón a que hácese ahora referencia aun no había una semana que fuera palacio de Su Alteza Serenísima el señor Príncipe de la Paz, duque de la Alcudia, señor del Soto de Roma y de la Albufera de Valencia, *et sic de ceteris*. Torre que fué desprecio al aire y así luego rendida a la grandeza de toda su pesadumbre.

Al entrar en sus aposentos hallalos el gran duque puestos a que su último dueño reanudara en ellos su vida que interrumpió la ausencia en el real sitio. En aquel saloncito que hacia esquina a la calle Nueva de Palacio (hoy de Bailén) encontró el enviado de Napoleón la cajita de rapé que estentaba en su tapa una agregia miniatura y estaba hecha de carey y de oro peruano y ornada con diáfanos topacios y fulgentes diamantes del Brasil. El polvo de tabaco guardado en su alveolo conservaba en unos hoyuelos la huella de los dedos principescos que se hundieron en él.

Y al lado, sobre la misma mesa (una redonda mesa de caoba cuyas tres patas remataban en testas de leones de bronce que el fuego hizo de oro), allí también había un pañuelo de seda de las Indias, orlado de un encaje de Flandes. Pañuelo destonado de una mano a otra mano, bajo la umbría del bosque, un crepusculo de otoño en El Escorial, una tarde de invierno en el encinar de El Pardo o una suave y fragante noche de primavera junto al cantar del Tajo, entre rosales de Aranjuez.

Aquel palacio, los salones aquellos, estaban, sin duda, reservados por el destino para mansión de hombres que nacieron humildes y habían de ser entre los poderosos de la tierra y entre los Reyes por derecho del cielo Príncipes por el derecho de sí mismos. Acaso no había entre Murat triunfador y Godoy caído más diferencia que haber nacido en diferente reino. Si Murat en vez de nacer en Francia hubiese nacido en España, hubiera sido también por mérito primero de su figura gallarda y apolina favorito en Palacio. De haber nacido Godoy en Francia, en vez de ser guardia de Corps hubiera sido soldado de la revolución y Bonaparte hubiera tenido, a su tiempo, un trono para él.

Godoy fué un hombre más considerable de lo que vulgarmente se le ha venido apreciando, y Murat fué otro hombre singular, como todos los de su pléya-

de, desde Kleber, el malogrado, que hubiese podido llegar a hacer sombra al mismo Bonaparte, hasta el trágico Ney, que fué la última estrofa de la magna epopeya.

Joaquín Murat, caso repetido en muchos revolucionarios, fué dedicado por su familia a la carrera de la Iglesia. No tardó en comprender que no era la del sacerdocio su vocación, y trocando la milicia de Dios por la del Rey, sentó plaza

cuando llegó a ser Rey de Nápoles, adoptó el nombre de Joaquín Napoleón.

Bonaparte había visto en él, desde luego, un hombre de los que necesitaba para el éxito de sus intenciones. Y Murat, que en el 18 Brumario llegó sable en mano a Saint-Cloud y dispersó el Consejo de los Quinientos, recibió para su hazaña el mejor galardón a que aspirar pudiera. El 20 de enero de 1800 casábase con Carolina y era el cuñado del nue-

do aquel día de marzo pasó por delante del Real Palacio para dirigirse a su asentamiento, un sueño de grandeza cruzó, sin duda, por su frente. Y poco después, cuando Fernando VII hacia en la capital la más entusiasta entrada que tuvo Rey alguno, el gran duque sentía una íntima compasión por aquel augusto engañado. Fernando iba cabalgador en su caballo blanco, más que jinete, llevado en andas por la multitud, que se apiñaba frenética y ensordecedora, tardando horas para llegar a Palacio desde la puerta de Atocha, y sin más comitiva que los cuatro batidores de guardias de Corps que le precedían y el coche cerrado en que le seguían su hermano D. Carlos María Isidro y su tío D. Antonio Pascual. Y el gran duque le vería entrar con esa compasión con que se mira a las gentes que no saben algo muy importante que sabe el que las mira.

Murat, fastuoso y olímpico, paeaba por la corte su belleza y su elegancia. Aquella cabellera que caía en tirabuzones, aquellos ojos fríos y expresivos y toda la elegancia exótica de aquel hombre, que en las batallas daba la carga al frente de sus escuadrones sin más arma en la mano que un látigo de montar. Para delumbrar con el esplendor de su ejército, organizaba grandes revistas en el Prado, y los días de fiesta acudía solemnemente a oír misa con todo su Estado Mayor en la iglesia del Carmen Descalzo, hoy de San José, en la calle de Alcalá.

Murat estaba convencido de que había de ser el heredero de los Borbones españoles. Por eso, cuando su cuñado le comunicó que había designado a su hermano José para reinar en España, su decepción fué violenta. Sólo la promesa del cetro de Nápoles pudo calmarle. Aquella diadema parthenopea que había de costarle la vida. Y quién sabe si al verse frente a los soldados que habían de arcahupearle, sintió entre añoranzas y remordimientos el recuerdo de sus breves, pero inolvidables, días españoles.

El destino dió a la historia muchas vidas magníficas y trágicas entre aquellos hombres nacidos de la gran revolución, y que desde una cuna popular se remontaron hasta un trono. Murat fué en la gran tragedia nuestra una figura digna de ella. Mirado sin apasionamientos ni parcialidades, aparece con un ropaje de leyenda. Su cabeza, perfil de camaseo y de friso, podía pasar por la de Aquiles, y aquel hombre que motivó nuestro Dos de Mayo trágico y glorioso, y luego se recogió para su doloite en la residencia de la Moncloa; aquel hombre que deshacía tronos y fué luego muerto por haberse sentado en uno, hubiera podido merecer una estrofa en un poema heleno

Pedro de RÉPIDE



JOAQUIN MURAT

en un regimiento. No duró tampoco mucho en sus filas. Un acto de insubordinación obligó a sus jefes a expulsarle. La insubordinación era perfectamente lógica. Murat había nacido con un Monarca dentro.

Un día, ya en plena revolución, una joven iluminada llegó a París desde los campos de Calvados, ferviente como una Juana de Arco, y convencida de que en la punta de un puñal que escondía estaba la salvación de su patria. Aquel puñal mató a Marat. Entonces Joaquín Murat, en su entusiasmo republicano, quiso hacer, como homenaje al muerto, que se le consintiera cambiar su apellido por el del asesinado, aprovechando una coyuntura ortográfica. Luego también,

vo César. Murat fué siempre una gallarda figura de héroe. Después de Dego, Cevi y Mondovi, él condujo a París las vencidas banderas italianas. En Egipto llevó a cabo proezas dignas de ser cantadas por una lira antigua, el asalto de Alejandria, la batalla de las Pirámides, y en Abukir, como un caballero de los romances viejos, luchó cuerpo a cuerpo con Mustafá-Pachá y le rindió cautivo.

Una vez Emperador, Bonaparte debía regalar a su cuñado una soberanía. Hízole gran duque de Cleves y de Berg, y en esos Estados es fama que su bondad, su tolerancia, su excelente y liberal Gobierno le atraieron las simpatías de los gobernados. En ellos reinaba cuando Napoleón le hizo venir a España. Así, cuan-

EL MERCADER DE VENECIA

— Cuento antiguo italiano, hecho imperecedero por Shakespeare —

HABIA en Venecia dos amigos; uno, Antonio, muy rico, y otro, Basanio, pobre. Basanio estaba enamorado de una joven de la ciudad, Porcia de nombre; pero no se atrevía a pretenderla porque ella era de alta posición y él no tenía fortuna; así que un día determinó pedir a su amigo tres mil ducados, suma suficiente para presentarse a Porcia como correspondía a su rango.

Antonio tenía todo su capital invertido en buques y mercancías que iban por alta mar en aquellos momentos y no podía entregarle tal cantidad; pero como quería servir a su amigo, fué a pedirselo a un mercader judío, famoso en la ciudad como prestamista y usurero.

Syhlock, que así se llamaba el mercader, accedió al préstamo; pero, medio bromeando y como quien no hace la cosa, propuso al joven un contrato, según el cual, «si el día convenido no le reembolsaba la cantidad prestada, se comprometía Antonio a dejar que el judío le cortase una libra de carne del sitio de su cuerpo que el usurero prefiriese».

Basanio quiso impedir a todo trance que su amigo se comprometiera de aquel modo; pero Antonio firmó, porque antes de terminar el plazo concedido estarían de vuelta sus bancos y con ellos nueve veces más dinero del que necesitaba para pagar al mercader.

Cuando Basanio tuvo los trescientos ducados se dirigió a casa de Porcia.

El padre de ésta, al morir, había dejado a su hija tres cofres, tres arquitas: una de oro, otra de plata, otra de plomo. Al entregárselos, el padre dijo a la muchacha que enseñara los tres cofres a los que pretendie-

puesto así, y por voluntad de Porcia misma, que amaba a Basanio.

Estaban los dos llenos de gozo, cuando llegaron unos amigos del joven y le entregaron una carta. ¡Nunca se vió un papel manchado con palabras más crueles! Los barcos de Antonio habían naufragado en alta mar, sin que se hubiera podido salvar ni siquiera uno solo.

El mercader judío había odiado siempre a Antonio porque éste era cristiano y porque prestaba dinero sin réditos haciendo que con ello bajara el interés de los préstamos; pero en aquellos días le odiaba más que nunca porque un amigo de Antonio se había fugado con la hija del judío y con parte de las joyas de la hija.

Syhlock iba gritando por la ciudad: «¡Mi hija!... ¡Mi dinero!... ¡Ay, de mi hija! ¡Se fué con un cristiano!... ¡Mi dinero se ha vuelto cristiano!... ¡Justicia! ¡Que se cumpla la ley!... ¡Mi hija!... ¡Mi dinero!...»



Así que en cuanto supo la ruina de Antonio, pidió que le encarcelaran, puesto que no podía pagarle lo adeudado, y contaba, impaciente, los días que faltaban para el momento feliz en que habría de cumplirse la sentencia.

«Tendré su corazón si no me paga!—repetía—. ¡Quiero torturarlo, atormentarlo!...» Y al guardián de la cárcel donde estaba preso Antonio le decía: «Ten cuidado de él, carcelero... No me digas que le perdona... El que presta sin réditos es un loco... ¡Vigílamelo bien, carcelero!...»

Llegó el momento de cumplir lo contratado. Basanio ofrecía al judío el doble de la cantidad prestada; pero Syhlock no quería dinero. ¿Por qué razón? «No daré razones, no quiero dar otra razón que la de un odio inveterado, una repugnancia invencible hacia Antonio»—decía mientras afilaba por sí mismo el cuchillo asesino.

«¡Perro! ¡Lobo sanguinario!»—le llamaban—, y él se encogía de hombros: «Como no barréis la firma del contrato os cansáis los pulmones en tanto gritando tan fuerte.»

En estas andaban cuando se presentó al Tribunal un joven, de cara inteligente y de buena presencia, sabio doctor en leyes, enviado por un juez famoso a quien el duque de Venecia había pedido opinión sobre el asunto de Syhlock y de Antonio.

Este joven, antes de aplicar la ley según justicia, trató de apiadar el corazón del usurero:

—Los judíos deben ser misericordiosos—le dijo.

—¿Quién puede obligarme a que lo sea?—replicó Syhlock.

—La misericordia no se impone por fuerza—observó el joven—. Cae gota a gota, como la buena lluvia del cielo.

—¡Caigan sobre mi cabeza mis actos!—insistió el judío, ineluctablemente—. ¡Pido que se aplique la ley!... ¡No perdamos tiempo, te lo ruego! ¡Manda que se cumpla la sentencia!

Entonces el joven accedió; visto que no había modo humano de apiadar al judío, tenía que cumplirse el contrato.

—Te pertenece una libra de carne de este comerciante—dijo a Syhlock el joven—. El Tribunal lo decreta y la ley te lo concede.

—¡Oh, justo juez como ninguno!—exclamó enternecido Syhlock.

—Debes cortarle la carne de aquí, del pecho mismo—

siguió diciendo el joven al judío—. La ley te lo permite y lo decreta, asimismo, el Tribunal.

—¡Oh, sabio juez!—volvió a repetir Syhlock—. ¡Esto es lo que se llama una sentencial!...

Y se acercaba ya el judío al pecho de Antonio para arrancarle el corazón, cuando el joven juez le detuvo:

—Espera un poco aún, que hay algo más. Este contrato no te da derecho ni a una sola gota de sangre. Los términos son concluyentes—dijo el juez—: «una libra de carne», que es lo que se te debe. Pero si al cortarla viertes una sola gota de sangre cristiana, perderás todos tus bienes y tus tierras.

El judío, al verse cogido de aquel modo, quiso conformarse con el dinero que antes le ofrecían; pero ahora le tocaba al juez ser implacable.

—Prepárate a cortar—le decía—. No viertas una gota de sangre. No cortes tampoco ni más ni menos de una libra; como falles el peso convenido, aunque sólo sea en la vigésima parte de un misero gramo; como la balanza discrepe del fiel, aunque sólo sea el grueso de un cabello, pasarán tus bienes al Estado y serás condenado a muerte.

El judío quiso marcharse de allí, renunciar a todo, a todo, con tal de que le dejaran marchar; pero ni eso pudo; la ley era ley; debía cobrar su deuda, porque así era de ley, y se le debían confiscar los bienes porque, según la ley, aquel era el castigo señalado a todo el que amenazaba de muerte a un ciudadano.

Syhlock llegó al colmo de su angustia; pero, al fin, Antonio intervino y perdonó al judío con tal de que se bautizara e hiciera testamento de sus bienes a favor de su hija.

Más tarde se averiguó que el joven juez que falló el pleito con tan milagrosa sutileza de ingenio era Porcia, la prometida de Basanio, que se había disfrazado de hombre para asistir al juicio y salvar la vida de Antonio, ya que él había estado dispuesto a perder la suya por su amigo.

Manuel ABRIL

Dibujos de BARTOLOZZI.

ran su mano y sólo se casara con aquel que escogiese el de plomo, porque esto sería señal de que no se dejaba deslumbrar por las apariencias ostentosas.

Dos pretendientes habían llegado a casa de Porcia con igual fin antes que Basanio; el primero escogió el cofre de oro; el segundo, el de plata; Basanio, en cambio, puesto a elegir, meditó y dijo: «El valor de las cosas no suele corresponder a la apariencia. Los adornos defraudan sin cesar... A ti te escojo, pues, plomo humilde.»

Y abriendo el cofre se encontró en su interior el retrato de Porcia, que fué desde aquel mismo momento su prometida, por voluntad del padre, que lo había dis-

LAS AMIGAS DEL MAR

INFLUYE el mar en el carácter de la mujer? ¿Hay diferencias importantes entre las mujeres costeras y las de tierra adentro? ¿Cambia el modo de ser de las mujeres durante su estancia frente al mar?

Michalet pretendió que sí. Relacionando sus admirables libros «La mujer» y «El mar», cabe sentar una teoría. La sensibilidad femenina se agudiza, se afina con el mar. La brisa, el oleaje, las barcas, todo el bello espectáculo marítimo contribuye a tonificar el cuerpo. Pero actúa sobre el espíritu como un poderoso excitante. Se ha comprobado que las pescadoras tienen más imaginación que las segadoras, por ejemplo. Entre el drama interior terrestre y el marítimo hay diferencias muy notables. Podría decirse que las mujeres de tierra adentro son el drama y las del mar son la tragedia.

Los higienistas se contentan con aceptar el mar como tónico. Influye en el color, en el apetito, en los movimientos. Pero ¿no influye en las pasiones? El mar, en su actuación fisiológica, es la libertad. En su actuación psicológica, el libertinaje. Calibán, suma de odios, es marino. Otelo, manantial de celos, mandaba la flota del Dux.

Visita un club náutico acompañando a muchachas de tierra adentro. Advertiréis en ellas cierto malestar, algo como una leve humillación, reflejada en preguntas al buen tuntún y en respuestas distraídas. Visita, en cambio, una granja o un cortijo con muchachas acostumbradas al mar, y notaréis cierto aire de superioridad, que se evidencia en su desenvoltura, en su desparramo, en sus charlas risueñas y en sus observaciones atinadas.

¿Aparecen las diferencias de Michalet? ¡Quí! Lo que aparece es una superioridad puramente social; mejor dicho, puramente económica. Es la Moda, aliada con la plutocracia, que va sembrando de lujosos caprichos las playas y los clubs marítimos.

Es que de tierra adentro no salen procesiones suntuarias de balandros, canoas, yates, que tienen la elegante despreocupación de convivir con las chalanas y los «ceitos», esa trágica procesión de redes y galernas...

¡Las amigas del mar! Del motivo económico-social sobre su vanidad suntuosa, surge el motivo lírico sobre sus vivas elegancias y sus trajes estatuarios.

Se recuerda que Circe, maestra de sirenas, ostenta en los cartones de Dureno una túnica descotada y corta, de manera que el cuello se perfuma constantemente por las brisas y la fina y graciosa pierna se dora al sol de la «Odisea».

Quien quiera establecer la analogía con nuestras «amigas del mar» ponga la túnica de Circe junto al traje de balandrista; salvo la condición impermeable de éste, son idénticos...

Verá entonces cómo la Analogía se eleva hasta la Alegoría y cómo es tradición

literaria que Ulises compare a las isleñas de Itaca con el «mar, gracioso y perfumado», y Shakespeare llame a la mujer «pérfida, como la onda». Observará, asimismo, que todas las dinastías de mujeres «marítimas»—desde las ondinas a las sirenas—asumen la astucia, la perfidia y el desdén. Ya es el canto de seducción que atrae las naves homéricas, ya

Las amigas del mar fueron y son amigas del demasiado bullicio o del demasiado silencio. Se diría que el mar rechaza la mesocracia del espíritu (y la mesocracia económica, porque el pescador es la miseria y el naviero la opulencia).

Estas dos grandes fuerzas líricas, aristocracia y democracia, hicieron a los poetas tributarios regios del mar. Y des-

que se llama Goethe, va a cincelar su mejor balada, canta en ella al mar de Thulé... Y en todas estas horas de mar, las amigas del mar tienen distinto espíritu, diverso carácter, hasta diferente razón que las mujeres de la tierra.

Circe, Dido, Miranda, Basiliola... O son la aristocracia del sentimiento—odio o amor—o son la democracia—amor u odio—. El mar es demasiado grande para soportar mesocracias...

El viejo Esquilo refresca la esperanza de Prometeo, encadenado, con un suave coro de «amigas del mar». Las oceanidas aparecen silenciosas, temblando, temiendo los enojos de Poseidón. El inmortal rebelde siente las brisas de sus alas. Llegan, como un bando de tórtolas, y arrullan la pasión del Pre-Mesías.

«Nada temas—le dicen—. A duras penas persuadimos a nuestro padre Oceano; mas, al fin, las auras nos traen. El eco del martillo que te remachaba las cadenas penetró hasta el fondo del mar. Y, sin perder momento, en este carro de caballos alados, saltamos por el oleaje para llegar a ti.»

Este coro inefable, ungido de ternura virginal por las torturas de Prometeo, representa en «las amigas del mar» la dinastía patética. En cambio, las sirenas encarnan esa pérfida liviandad, fácil dominadora de los sentidos, pero destruida del corazón. La misma Circe advierte a Ulises, en el libro XII de «La Odisea»:

«Oye ahora lo que digo y lo que un numen—te pondrá por su mano en la memoria:—Encontraréis primero a las sirenas—encantadoras pérfidas del hombre—que se aproxima a ellas. Quien atiende—su voz acariciante, está perdido.—Hijos, mujer, hogar, todo se olvida—en oyendo sus cánticos. Por eso—tapa con cera los oídos fáciles—de tus marinos. Y si tú, curioso,—oírás quieres, las oírás atado—con gruesas cuerdas al robusto mástil,—para evitar que, oyéndolas, te impulsen—sus cantos a arrojarte entre las olas...»

La hija más cándida de Shakespeare, la divina Miranda, es isleña, «amiga del mar». Vive entre Ariel

y Calibán, espíritu y materia que sirven a su padre Próspero. La tempestad, como la calma, contemplan a esta mujer-niña en las cuevas marinas, en las ensenadas, en las rocas. Su perfil casto ahuyenta el oleaje humano y el de las aguas. Un poeta diría que Miranda es la Sirena del Candor...

Siempre amigas, hermanas, la mar y la mujer. En las luminosas mañanas estivales del Sardinero o de la Concha, el trazo frívolo del lápiz que copia a una lectora de Abel Hermant saliendo de bañarse, sigue teniendo el antiguo prestigio de un fresco clásico que plasmara la fábula de Venus naciendo de la espuma.

Cristóbal DE CASTRO

Dibujos de Varela de Seijas.



el desdén con que Galatea mira los sufrimientos del enamorado:

Galatea, desdeñosa
del dolor que a Licio daña,
iba, alegre y bulliciosa,
por la ribera arenosa
que el mar en sus ondas baña...

La clásica estampa de Gil Polo se elegantiza y moderniza en San Sebastián, en Biarritz, en Deville, en Cowes. Ahora, Galatea, escoltada de fotógrafos, asaeada de prismáticos, cubre su túnica de Circe bajo la amplia y flotante capa parisense. Licio, de «smoking» y «monocle», la mira, desde el barandal o desde las rocas. Y cada gallardeo, cada mohín, cada sonrisa provocante, es una misma mortal saeta.

da Homero, con «La Odisea», a Gabriel D'Annunzio, con «La nave», en todo gran poeta hay alguna oración marina. Evoquemos las naves de «La Eneida», en Virgilio; «La tristísima noche», de Ovidio; los «Céfiros venturosos», de Horacio; monumentos que el clasicismo elevó al Mar. Y cerremos la evocación con aquel broche de diamantes que se llama la fábula de Hero y Leandro.

Memoremos, rápidamente, el alcázar dramático de «La tempestad» espiriana y las divinas miniaturas de Lope en sus «Barquillas». La vida del Renacimiento se simboliza en las bodas del «Bucéntauro» con el mar. La vida del Romanticismo, en «El pirata», de Byron, y en «Los trabajadores del mar», de Hugo. Cuando el genio de la Serenidad magnífica,

COMENTARIOS
DE UN LECTOR

CONTRASTES

El libro de León Felipe *Versos y oraciones de caminante* ha tenido un franco éxito cualitativo. *Hoc erat in vobis...* La intención del poeta fué obtener esa gloria entre exquisitos; su inspiración actúa en el sentido de la intensidad, huyendo de la extensión; tiende a la comunicación de almas, suprimiendo en lo posible la convencionalidad del lenguaje, siempre insuficiente para alcanzar la expresión total; porque a diferencia de las artes plásticas y de la música, que se valen de medios naturales y universales, la poesía necesita el artificio y la convención de los idiomas, que circunscriben a un grupo nacional, lo que para las otras artes es emocionalidad total humana.

Pero esa avaricia de palabras, ese horror a la adjetividad inevitablemente prosaica del lenguaje, en busca de la pura esencia musical, puede llegar a resolverse en evaporación del sentido armónico de la poesía, sacrificado el elemento melódico o, más puramente, espiritual. El valor acústico del ritmo desaparece bajo la modulación, apenas expresiva, del balbuceo o estremecimiento monosilábico de la voz.

Alguna de esas composiciones ofrece al lector—al cantor—una duda: ¿Cómo debe escindir los versos, si la disposición de sus pausas y acentos es más propia de la amplitud del viejo arte mayor que del martilleo sollozante en que ha querido distribuirlos el poeta, en un artificio nuevo, más violento que el antiguo? Ved la prueba en estos versos, cuya espiritualidad es como una suave caricia:

¿Qué importa
que la estrella
esté remota
y deshecha
la rosa?
Aún tendremos
el brillo y el aroma.

Comprendo perfectamente la intención del autor. La brevedad de los versos acentúa (sólo en apariencia, para mí) su cualidad aérea, volátil. Esa intención, con todo su valor de modernidad, es la misma que produjo las ligerezas aladas del neoclasicismo italiano, singularmente las *ariette* de Metastasio, gemelas de la musicalidad amable de su tiempo y su país.

Pero distribuyamos ahora esos mismos versos a la antigua manera, en el maridaje nativo del endecasílabo y el heptasílabo, aun cerrando los oídos a la asonancia interior, que no repugnaba a nuestros clásicos:

¿Qué importa que la estrella esté remota
y deshecha la rosa?
Aún tendremos el brillo y el aroma.

Es la cadencia tradicional, y para mí, la marcha natural de esa forma rítmica. La distribución que ha querido darle León Felipe es una especie de acotación para la lectura—para el canto—, en contraposición a la naturaleza íntima de su ritmo.

León Felipe ha deseado para sus versos el modular silencioso de las intimidades, el soliloquio del contemplador o el susurro del parloteo amoroso. Ha querido escribir (como él mismo dice al final de su libro) sin ritmo y sin palabras.

¡Oh, pobres versos míos!...
que os guié Dios y os libre
de la declamación...
que os guié Dios y os libre
de caer en los labios sacrilegos de un histrión,
exclama en una poesía, cuyo principio recuerda el tono de Stecchetti:

Poveri versi miei gettati al vento,
della mia gioventù memorie liete...

A veces la naturalidad castiza y popular del octosílabo consigue vencer la

aversión a toda forma impuesta, a todo molde recibido:

Mi amor tiene el ritornelo
del agua, que sin cesar
en nubes sube hasta el cielo
y en lluvia baja hasta el mar.
Y el agua aquel ritornelo
de mi amor, que sin cesar
en sueños sube hasta el cielo
y en llanto baja hasta el mar.

O en este otro grito de angustia:

Sin una luz en el cielo
y roto mi corazón...
¿cómo saber si es el tuyo
este camino, Señor!

Y así va divagando en alternativas de *glosolalia* y lamentación el poeta, buscando nuevos odres para el viejo vino del pesimismo romántico, bajo «las nubes que han borrado las estrellas», y temiendo que también la torre de sus quimeras se derrumbe; sin una patria, «domando por rebaños los ejércitos»; en la alta misantropía del que se ha quedado a solas con su visión en negro, sin lograr crearse, en su *desolación* y *racto* caóticos, un mundo ideal a su imagen, y habitar en él, con las almas confidentes...

Es un largo monólogo elegíaco, como llanto sobre una vida espiritual fracasada, ante la cual pasan los antiguos motivos sentimentales. Ya con un vago saborillo de Ruiz Aguilera (*El dolor de los dolores*), con resonancias de Bécquer:

¡Pobre niña!
Ya no pasa
por esta calle
tan ancha...

(Versos que es muy difícil no combinar en octosílabos al leerlos.)

Y otro día
doblaron por ella a muerto las campanas.

Ya con el recuerdo vivo de algún tema de Maragall (*Las roses blanques*):

A todos los romeros
aquel árbol
ofrecía en la orilla del camino
sus frutos al alcance de la mano.
Allá,
en lo alto,
y en el más orgulloso
de los ramos,
sola estaba una poma inaccesible que se iba
poco a poco secando...
Yo pensé, vagamente,
soñando,
en esta poma sola y altanera
que no estaba al alcance de la mano.

He aquí otro poeta muy distinto. Pero voy a corregir mi frase, advirtiendo que no doy a esa corrección el sentido ofensivo que a primera vista pudiera creerse. León Felipe no es un buen versificador porque tiene horror a la *Poética* y exceso de celo por la *Poesía*. En cambio ahora tengo en mis manos la colección de un versificador, que se ha preocupado del molde mucho más que de la sustancia poética, porque en el molde del soneto parnasiano, émulo visible de Heredia, se ha limitado a verter los temas castizos o legendarios, los temas de la recia «españolidad». Poesía pictórica, un poco teatral, desfile de heroica farándula sobre un tablado de convención. Me refiero al libro de Adolfo Cuenca *Entre diablitos y clérigos*, con un prólogo de Jacinto Benavente y un epílogo de Antonio Zozaya; destácase en la cubierta, como simbólica evocación, la imagen familiar de Pablillos de Valladolid.

Prefiero, en esa colección, los sonetos picarescos a los marciales; y singularmente van esas preferencias a los sonetos culinarios, en los cuales el color y el sonido alcanzan a tener algo de sabor.

No siempre ha conseguido el autor librarse del ripio y de la violencia sintáctica. Ignoro por qué, además, ha dado valor de esdrújula y de tetrasílabo a la palabra *heroico*, rompiendo su diptongo. Tampoco acepto, por ser en todo caso

una rima *local*, vernacular, dialectal, la consonancia de *d* final con *z*, por ejemplo: *Valladolid con feliz, inquietud con luz*.

En el soneto *Auto de fe* se incide en una confusión vulgar: la de los autos de fe con las quemazones de condenados. El auto era una ceremonia, una bárbara liturgia, religioso-jurídica-teatral. En Madrid, comúnmente, se celebraba en la Plaza Mayor; pero el quemadero estaba situado en las afueras, en las proximidades de la Puerta de Alcalá; allí, celebrado el auto de fe, eran conducidos los relegados al brazo seglar, y ardían en la sacra hoguera.

El modelo admirable de esos medallones o camafleos poéticos en que quiere

plasmarse aquella violenta mescolanza de fe, amor, heroísmo y muerte con que se nos aparece como mito literario la vieja España, está en los *Retratos* de Rubén Darío. El soneto de Adolfo Cuenca *Sortilegio* recuerda a la diabólica Sor María, cuyo hondo mirar decía cosas especiosas, ungidas de miel y veneno, que hacían brotar en las almas pecaminosas el encendido clavel del sacrilegio; y de cuyo seno, al morir en la hoguera, volaron dos abejas, símbolo de una virginidad pecadora, dulce como la miel, pero sagrada como la cera...

Gabriel ALOMAR

TIPOS Y PAISAJES
: CASTELLANOS :

AMANECEER

He caminado mucho, y el tronco de un álamo que se extiende caído y seco entre otros álamos erguidos y copudos, me brinda el dulce regalo de un dulce reposo bajo la sombra bienhechora y amiga. He vagado por los alrededores de esta vieja ciudad; heme separado más y más de sus ruinosos muros, y desde aquí no acierto a distinguir sino las altas torres que yérguense adivas entre los cipreses melancólicos, estas torres soberbias y estos tristes cipreses, que son como el espíritu romántico y religioso de la vieja ciudad...

Al amanecer salí. El primer temblor de la mañana me sorprendió en el campo, curioso y errante por sus senderos. Una alondra mañanera, al pasar yo, levantó el raudo vuelo, y en la altura se pierde saludando líricamente al día, desgranando

... el de sus trinos
hilo copioso de sonantes perlas.

Acabo de citar unos versos de Gabriel y Galán, y es que el grato recuerdo del poeta charro es mi confidente en esta bella mañana. Todo me habla de él; este campo castellano, místico y rudo; estas amplias alquerías, lugares de brega y amor; esta bendita paz, que entra en el alma...

Por estos mismos sitios vagaría el poeta...

Este llano y estos hombres le arrancaban los versos que iba escribiendo en cualquier pedazo de papel, apoyándose sobre el arzón de su caballo...

Fué aquí, en una de estas alquerías patriarcales y laboriosas, donde el poeta vió, al romper el alba, cómo se abría pausadamente una espaciosa puerta corralera y cómo aparecía en su recio umbral el cetrino maravilloso de una garri-da moza, aquella bella y fornida Ana María—desdenadora de tantos mozos de rumbo—, que al punto del amanecer, llena de vida y hermosura juvenil, con los grandes ojos brillantes, bermejos los labios breves, lustrosa y apetecible la cara, que aun sentía la caricia del agua fresca del pozo, y luciendo sus trenzas abundantes, peinadas a la aldeana, salía bien dispuesta a su recio bregar de labradora, ya terminados los quehaceres íntimos y domésticos...

Fué aquí donde el poeta, lleno de una indefinible emoción, conoció a la hermosa Ana María; aquí donde sorprendió su charla matinal con aquel mozo fanfarrón que acarrea sus seis parejas de bueyes rubones; aquí donde advirtió la sencillez y la gracia insuperable con que Ana María desdenó su pretensión—no obstante la copiosa hacienda y la arrogante postura de que tanta gala hacía el necio—, y aquí donde escribió ese bello poema que la muerte ha deja-

do sin terminar, y que se llama así: «Ana María».

Fué aquí. Y por eso mi emoción y mi curiosidad al recorrer estos bellos contornos. Parece como si los versos de Galán se hicieran carne, y se hicieran piedra, y se hicieran campo, y así, en su alma primitiva, en la pura fuente de donde salieron cristalizados después, me recitaran, vertiéndome el ritmo sobre el corazón, una de sus estrofas más sentidas.

Hasta mí, desviando un poco mi pensamiento, llega como un extraño y delicioso concierto campesino. Por el sendero, al paso lento de los bueyes grandes y lustrosos, se acercan tres carretas. Vienen colmadas. Los haces levantan sobre los palos laterales. Y el grano maduro parece reventar las toscas y remendadas sacas. Un perfume intenso, fuerte, que es como un vaho de vida, como una bendición sobre los hombres y sobre las cosas, se esparce en torno... Sobre los haces van sentados algunos mozos y algunas mozas. Uno de ellos, en lo más alto de la carreta delantera, tañe una especie de dulzaina, que se extiende por la llanura como una melodía, la siringa de Pan... Otro mozo, desde los más alto también de la carreta última, con dos cucharas de palo entre los dedos de cada mano, lleva el acompañamiento músico. Mozos y mozas rien. Entre las risas relucen las miradas juveniles, centelleantes. Van como en fiesta, como en una fiesta que ungiera el espíritu del herismo... Van con un gozo panteísta...

Y así siguen; camino abajo, anhelantes sus carnes moceriles, reidores sus labios jóvenes, cantando al compás de la dulzaina y de las cucharas, festejando el imperio de la juventud, y la alegría del grano maduro, y la felicidad del granero colmado, y la docilidad de los bueyes, y la gloria del campo, y el triunfo del sol, que allá, en lo más alto, sobre ellos, se vuelca todo entero, cegándoles de luz...

Alberto VALERO MARTIN

LECTURAS

Con el curioso título de *El cementerio universal* ha dado a la estampa don Juan Bautista Solaz una entretenida obra que califica de «novela filosófico-descriptiva», en la que se refieren las más extrañas aventuras de un poeta:

x

La Biblioteca Hispania ha aumentado su colección de publicaciones literarias con una admirable versión, primorosamente hecha por Andrés González Blanco, de la famosa novela de Eça de Queiroz, *«El mandarín»*.



HELIOS

FABRICA DE RELOGES

CARLOS COPPEL

MADRID

FUENCARRAL, N° 27



VALENCIA



Valencia, la hermosa capital de Levante, maga de flores y ensueños, que tan gratamente seduce al visitante, engalanase delicadamente para celebrar con el ornato debido sus tradicionales y renombradas ferias.

Dignamente pueden competir estas fiestas con las mejores de España.

Su iniciación está representada por el ejercicio de la caridad, con el reparto de cuantiosas limosnas a los menesterosos, siguiendo la apertura de las Exposiciones de Bellas Artes y Pedagogía Escolar. Celebranse certámenes y concursos musicales, no omitiéndose los típicos festejos regionales, cual el disparo de tracas y una suntuosa batalla de flores con importantísimos premios en metálico; se efectúan ocho grandes corridas de toros, y en el penúltimo día de sus ferias una artística cabalgata recorre la ciudad, y, en fin, con la realización de toda clase de festejos, Valencia solaza a los millares de forasteros que la visitan del 24 de julio al 5 de agosto.

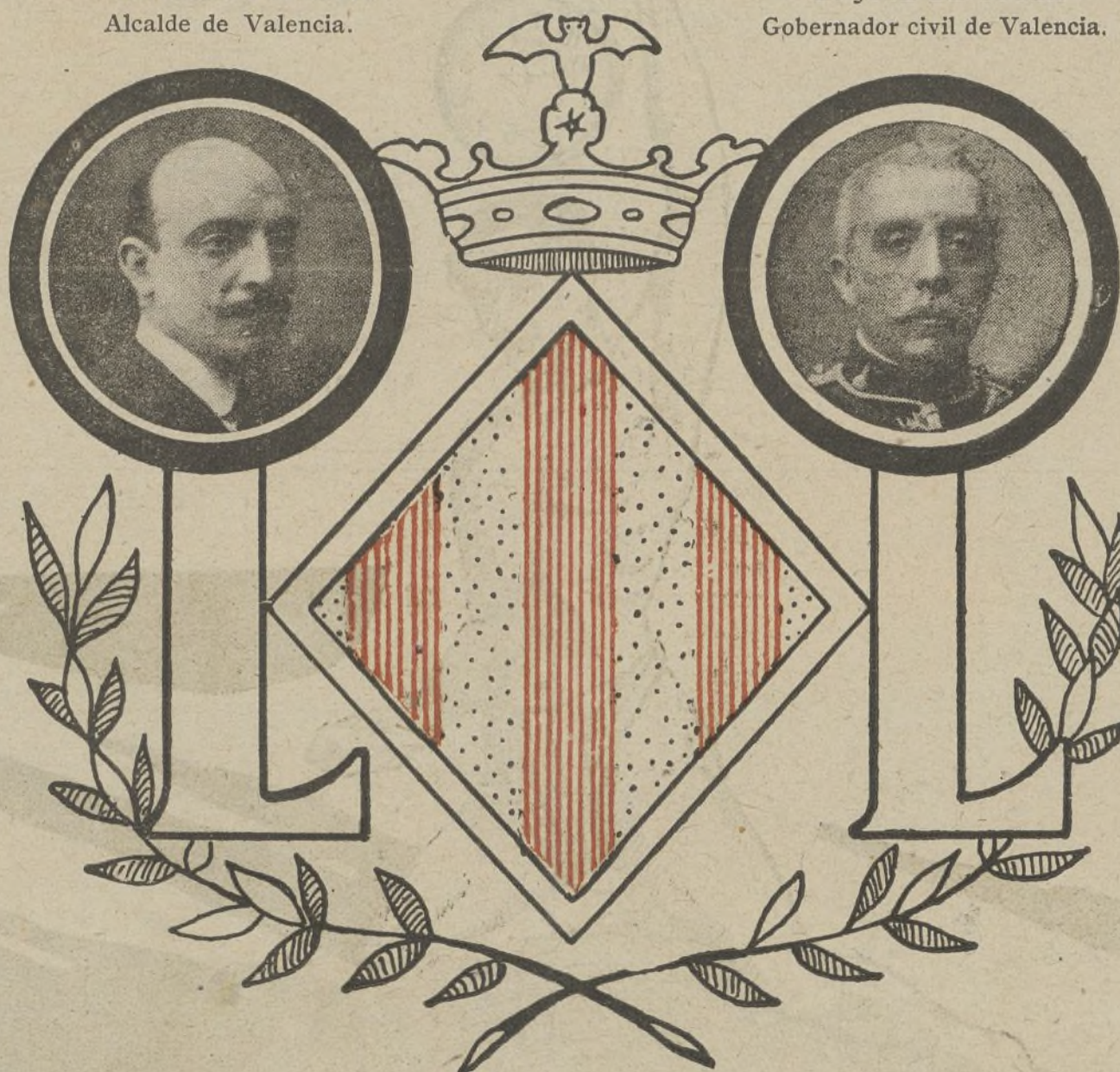
El Ayuntamiento de Valencia, modelo de honrada e inteligente gestión, cuida con singular acierto de las necesidades de su pueblo, aun desenvolviéndose dentro del reducido círculo de un presupuesto mezquino a todas luces, insuficiente para las exigencias que demanda el continuo aumento de población.

Ahora se dispone a acometer el vasto proyecto de reconstrucción absoluta de la pavimentación y alcantarillado de Valencia, mediante la entrega a su contratista de valores municipales que ascienden a 20 millones de pesetas, así como

D. RICARDO SAMPER
Alcalde de Valencia.



D. JOSE DE SOUZA
Gobernador civil de Valencia.



a realizar un importante empréstito para la ejecución de importantes obras que demanda la ciudad mediterránea, entre ellas la construcción de un Parque en los Viveros; la elevación de seis grupos escolares, uno en cada distrito; el ensanche de la plaza de la Reina y urbanización de la avenida de la Estación.

Para satisfacer las exigencias del Arte, proyectase también enclavar en el Parque de Palacio una Exposición permanente de Bellas Artes y un pabellón accesorio en que habría de colocarse la famosa colección Paleontológica que perteneció al ilustre valenciano Rodrigo Botet.

El alcalde de Valencia, D. Ricardo Samper, prestigioso abogado y enamorado ferviente de su patria chica, que le corresponde entusiásticamente estimulándole a proseguir su labor, al hablar de los anteriores proyectos mostrábase intensamente emocionado, lamentándose que ciertas mejoras urbanas no pudieran acometerse rápidamente para que Valencia ocupara el lugar preferentísimo que le corresponde, superior todavía al que hoy ocupa.

El general Souza, dignísimo gobernador civil, ha tenido el indiscutible acierto de hacer pasar a Valencia por el período de paz en que hoy se halla, aunque, con la gran modestia que le enaltece, haya dicho que únicamente es la fortuna la que guía sus pasos en el ejercicio de la misión a él encomendada.

De desear es que siga presidiendo la normalidad en este industrioso y culto pueblo valenciano, para su amplio desarrollo y progreso, pues con sobradas energías e inteligencia cuenta para ello.

Editorial PROMETEO. - Sempere, Torca y C.^a - Germanías, 33, Valencia

OBRAS DE V. BLASCO IBÁÑEZ

DIRECTOR LITERARIO DE ESTA EDITORIAL

NOVELAS

Arroz y tartana.....	5 ptas.
Flor de mayo.....	5 »
La barraca.....	5 »
Entre naranjos.....	5 »
Sónica la cortesana.....	5 »
Cañas y barro.....	5 »
La catedral.....	5 »
El intruso.....	5 »
La Bodega.....	5 »
La horda.....	5 »
La maja desnuda.....	5 »
Sangre y arena.....	5 »

Los muertos mandan.....	5 ptas.
Luna Benamor.....	5 »
Los cuatro jinetes del Apocalipsis.....	5 »
Los argonautas.....	5 »
Mare nostrum.....	5 »
Los enemigos de la mujer.....	5 »

CUENTOS

La condenada.....	5 »
Cuentos valencianos.....	5 »

VIAJES

Oriente.....	5 »
En el país del arte (tres meses en Italia).....	5 »

HISTORIA DE LA GUERRA EUROPEA DE 1914

Esta obra consta de nueve tomos lujosamente encuadernados. — Precio de cada tomo, 20 pesetas. También se vende por cuadernos a 50 céntimos.

PRÓXIMA A PUBLICARSE

EL MILITARISMO MEJICANO

(Estudios publicados en los principales diarios de los Estados Unidos)
CON UN EXTENSO PRÓLOGO DEL AUTOR
4 pesetas

LA NOVELA LITERARIA

3,50 pesetas volumen en rústica. 4,50 lujosamente encuadernado.

VOLUMENES PUBLICADOS:

NÉMESIS, por Paul Bourget.
LA LLAMADA DEL SUELO, por Adriano Bertrand.
AL SERVICIO DE ALEMANIA. — COLETTE BAUDOCHE (dos novelas en un solo volumen, por Mauricio Barrés).
EL EMBOSCADO, por Paul Margueritte.
ALLA LEJOS, por J. K. Huysmans.
LA TORMENTA SOBRE EL JARDIN DE CANDIDO, por Adriano Bertrand.
LA FAMOSA COMEDIANTE, por Abel Hermant.
LOS PAJAROS SE ALEJAN Y LAS FLORES CAEN, por Elemiro Bourges.
LA CASA DEL PECADO, por Marcela Tinayre.
BAJO LA MIRADA DE LOS DIOS, por Juan José Frappa.
EL PODER DE LA MENTIRA, por Johan Bojer.
TRENES DE LUJO, por Abel Hermant.
LA DIVINA CANCIÓN, por Myriam Harry.
EL INFIERNO, por Henri Barbusse.

AFRODITA, por Pierre Louys.
MONTMARTRE, por Henri Duvernois.
AL REYES, por J. K. Huysmans.
EL DEMONIO DE LA VIDA, por Edmundo Jaloux.
UN CORAZON VIRGINAL, por R. de Gourmont.
AMANTES, por Paul Margueritte.
LAS NOCHES CLARAS, por Johan Bojer.
EL PERFUME DE LAS ISLAS BORROMEAS, por René Boylesve.
EN RADA, por J. K. Huysmans.
LA INDOMADA, por J. H. Rosny.
LA FIGURANTA, por León Frapié.
LA FUERZA DE LAS COSAS, por Paul Margueritte.
EN FAMILIA, por J. K. Huysmans.
LA DULZURA DE VIVIR, por Marcela Tinayre.
MARTA BARAQUIN, por J. H. Rosny (mayor).
EL CREPUSCULO DE LOS DIOS, por Elemiro Bourges.
MI GRANDE, por Paul Margueritte.

EN PRENSA:

LORENZA ALBANI, por Paul Bourget.
EL MIEDO AL AMOR, por Henri de Regnier.
EL NIÑO EN LA BALAUSTRADA, por R. Boylesve.
MUJERCITAS, por Myriam Harry.

PÍDANSE CATÁLOGOS

ARROCES LLUCH

≡ LLUCH & HIJO ≡

PRODUCCIÓN DIARIA:

250.000 KILOGRAMOS

OFICINAS:
CISCAR, 6

VALENCIA

BANCO HISPANO AMERICANO

Casa central: MADRID

SUCURSALES Y AGENCIAS:

Alicoy, Alicante, Antequera, Badajoz, Barcelona, Bilbao, Cádiz, Cartagena, Córdoba, Coruña, Egea de los Caballeros, Granada, Huelva, Játiba, Logroño, Málaga, Murcia, Palma de Mallorca, Pamplona, Ronda, Sevilla, Soria, Tarrasa, Valdepeñas, VALENCIA, Valladolid, Villafranca del Panadés y Zaragoza